

PONENCIAS Y TRABAJOS RECIENTES

EN TORNO AL PROBLEMA DE LA FILOSOFÍA

Profesor Nikola Krestonosich*

Abstract:

When one begins to study philosophy, it is very common to think that the work of the philosopher dwells in paradoxes. This is partly because, at the same time that it reveals itself as the work that requires the greatest level of self-conscious activity, its history, that is, the story of what philosophers have actually done, reveals itself without unity and homogeneity.

In this essay I reflect, from a general point of view, upon the nature of philosophy to try and see why it reveals in this paradoxical manner. In this sense, I develop a series of arguments in favor of a conception of philosophy as an enterprise that has as its goal the analysis of the activities that give content and meaning to the life of men. And last but not least, in this essay I also make a few observations upon the relations between philosophical and scientific efforts.

Key Words: *Philosophical thought, Reflections upon the history of philosophy, Relations between philosophy and science.*

Existen pocas disciplinas donde la reflexión sobre sus propios fundamentos y objetivos sea de tan vital importancia como en la filosofía, incluso podría decirse que esta reflexión sobre aquellas condiciones que la hacen posible es uno

* El profesor **Nikola Krestonosich Celis** (Valencia, 1978) es Licenciado en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela. Ha impartido clases en su *Alma Mater*, así como en la Universidad Simón Bolívar y en la Universidad Católica Andrés Bello, institución donde actualmente se desempeña como profesor de las cátedras de Filosofía del Lenguaje y Filosofía Moderna. Algunos de sus trabajos han aparecido publicados en *Episteme*, *Apuntes Filosóficos* y en la revista *Veintiuno*. Ha publicado un poemario (*Ejercicios*, 2003) y una monografía sobre la obra de Jorge Luis Borges (*Aspectos filosóficos en la obra de Jorge Luis Borges*, 2004). En estos momentos se encuentra realizando la tesis para culminar la Maestría en Filosofía de la Universidad Simón Bolívar. nikolakrestonosich@gmail.com

de sus rasgos más representativos. Sabemos que los grandes científicos y los grandes artistas tienen una clara conciencia de los principios y los fines de sus respectivas disciplinas, pero también sabemos que es posible lidiar con fórmulas muy complejas, resolver problemas técnicamente complicados o realizar grandes obras sin tener esta clara conciencia. Pero éste no es el caso de la filosofía, todo ejercicio filosófico corre paralelamente con una reflexión sobre sus propios fundamentos y propósitos; no importa la materia que el filósofo elija como tema de sus disertaciones, puede concentrar sus esfuerzos en torno a la ética, a la teoría del conocimiento o a la ontología, y sin embargo, su oficio le exige que esas reflexiones vayan acompañadas por una reflexión sobre el sentido del quehacer filosófico en general.

Si se parte de este rasgo fundamental, puede entenderse la relevancia que ha tenido el estudio de la historia de la filosofía y de las obras de los autores que les han precedido, en el desarrollo de las ideas de cada filósofo, pues para pensar en torno a los fundamentos, los objetivos y las condiciones de la filosofía, no basta con reflexionar sobre la propia labor, sino que también es necesario indagar sobre las ideas de aquellos que se han dedicado a esta disciplina en el pasado. El filósofo sólo puede aspirar a tener una concepción adecuada de su oficio, cuando logre armonizar los distintos pensamientos que se registran en la historia de la filosofía con el esfuerzo por desarrollar sus propias ideas y convicciones.

Ahora bien, cuando el filósofo se enfrenta a la historia y confronta sus 'intuiciones' y razonamientos con los de otros hombres que también se han dedicado a la filosofía, ocurre un hecho paradójico: el filósofo no parece encontrar aquello que andaba buscando, se ha acercado a la historia para esclarecer sus ideas sobre la filosofía, pero cuando analiza detalladamente los acontecimientos que la conforman no parece hallar sino más confusión.

Los distintos sistemas filosóficos no parecieran tener un tema en común: algunos filósofos han dedicado sus esfuerzos a revelar los misterios del ser, mientras otros parecen concentrarse solamente sobre la conducta de los hombres; en algunos momentos la filosofía se muestra como aliada de la religión y la teología, en otros, se muestra más bien como su enemiga, y lo mismo podría decirse de sus relaciones con las ciencias y las artes. Los conceptos y los términos del ejercicio filosófico también parecieran estar sujetos a una extrema variabilidad, cualquier estudiante puede percibir cómo los términos que conforman el lenguaje de la filosofía no siempre denotan conceptos idénticos, cómo términos tan fundamen-

tales como 'sustancia,' 'causa,' 'Dios,' 'materia,' 'espíritu,' han ido refiriéndose a conceptos diferentes a través de las distintas épocas.

Toda esta variabilidad en los temas y los conceptos no podría tener otra consecuencia sino una gran multiplicidad en las definiciones de la filosofía misma. Epicuro la define como el modo de alcanzar una vida feliz mediante razonamientos y reflexiones. Sócrates y los discípulos de la Stoa como una preparación para la muerte. Kant como el placer que siente el ser racional en la contemplación de los fines últimos de la razón. Bergson como una ciencia del espíritu. Definiciones cada una de las cuales no puede ser aplicada al resto de los filósofos sin cierta arbitrariedad.

En fin, luego de este enfrentamiento con los hechos que conforman la historia de su disciplina, el filósofo se encuentra ante un gran dilema: o el término 'filosofía' es un nombre que agrupa una serie de obras heterogéneas que no presentan ninguna característica en común o es un nombre que denota una disciplina que puede ser aplicada sobre temas y conceptos distintos. Es decir, o la unidad del pensamiento filosófico es una ilusión o esa unidad es tal que puede resistir el embate de todas estas dificultades y debe ser buscada por otro camino.

Reflexiones como las anteriores me han llevado a pensar que existe una gran contradicción entre los hechos que señalan el trayecto que la filosofía ha tenido que recorrer, desde aquellos primeros hombres en las tierras griegas hasta los profesores de las múltiples universidades modernas, y las diferentes concepciones de la filosofía como un saber que gira en torno a un objeto determinado. Creo, por el contrario, que la forma más correcta de concebir a la filosofía, y la que tiene mayores posibilidades para dar cuenta de esta multiplicidad de hechos sin perder su propia unidad en el intento, es aquella que la considera como una actividad que busca la claridad de nuestras ideas, como un esfuerzo por armonizar los infinitos hechos que aparecen en nuestra experiencia del mundo con nuestras múltiples necesidades humanas.

La vida humana se caracteriza por estar movida por múltiples intereses, por participar de múltiples tendencias e inclinaciones: por un lado, sentimos inclinación hacia las artes y el placer estético, por otro, sentimos pasión por los razonamientos y las argumentaciones; a veces las necesidades religiosas y metafísicas juegan el papel fundamental, pero bajo otras circunstancias los esfuerzos atléticos y deportivos constituyen el centro de nuestro interés. La mayoría de las personas parecen poder convivir con esa multiplicidad desorganizada, pero ese no es el caso del filósofo, todo su esfuerzo va a estar encaminado a esclarecer

esa situación confusa en la que se encuentran nuestros diversos intereses; todo su oficio consistirá en conseguir un lugar adecuado para cada una de esas tendencias de nuestro espíritu, en establecer un sistema coherente entre esas múltiples facetas de la vida humana, y aunque puede ser que una armonía o una coherencia total entre todos estos aspectos sea una aspiración imposible, nada le impide al filósofo hacer el intento.

Se ha sostenido muchas veces que en el terreno de la filosofía no existe idea que no pueda ser cuestionada o respuesta que a su vez no plantee diversos problemas. La concepción del quehacer filosófico que he intentado esbozar no escapa de esta ley y, a pesar de estar convencido de su esencial veracidad, no es para mí menos evidente que a partir de ella se pueden plantear numerosos problemas. Por ejemplo, si la filosofía se define no por una serie o un cúmulo de conocimientos positivos sobre un objeto determinado, sino más bien por un esfuerzo que busca aclarar el 'conjunto de nuestras ideas,' ¿cuál sería su valor?, ¿podría estar sujeta a un progreso a la manera del conocimiento científico?, ¿podría existir un sistema filosófico universal? Sin embargo, entre estos problemas que pueden llegar a surgir, quizás el que se plantea con mayor urgencia es la eliminación de las viejas fronteras que diferenciaban y protegían el oficio del filósofo: si la filosofía se reduce a un esfuerzo por 'pensar claramente,' en qué se diferenciaría de la ciencia, el arte o la religión.

Si bien es cierto que la religión puede llegar a confundirse con ciertas parcelas del conocimiento filosófico, porque tanto la religión como la filosofía parecen apelar a ciertas necesidades del espíritu humano, no es menos cierto que la conexión que el hombre religioso establece con el mundo es muy diferente a la que sostiene el filósofo. Los hechos religiosos están impregnados de cierto ritualismo que está completamente ausente de los procedimientos de la filosofía, la liturgia es una parte esencial del pensamiento religioso, no del filosófico. El hombre de la religión necesita de los ritos para comunicarse con el mundo y con la divinidad, necesita de las oraciones, del ayuno, del reclinatorio y, en los casos extremos, del flagelo. El filósofo no necesita participar de estas prácticas, nunca acude a una oración, tampoco se arrodilla, sus métodos para conectarse con el mundo son muy diferentes.

Por otro lado, ciertos postulados de la filosofía también han llegado a confundirse con la literatura, pues ambos oficios han tenido que lidiar con las palabras y con los sutiles laberintos del lenguaje. Sin embargo, en el arte predomina una relación formal con la materia que, a pesar de no estar completamente

ausente de las obras de los filósofos, no pareciera ser un factor tan determinante. Esta relación se hace más evidente en las artes plásticas, pero su presencia no es menos esencial en el terreno de la literatura, el trato que tiene el hombre de letras con el lenguaje tiene mayor relación con el que tiene el escultor con la piedra o el pintor con los colores, que con el trato que el filósofo establece con el lenguaje y los conceptos. Para el hombre de letras el lenguaje es, ante todo, un material que debe ser vertido a una forma, una materia para ser manipulada, para el filósofo, en cambio, el lenguaje es, esencialmente, un medio o un instrumento para la expresión de 'conceptos' e 'ideas.'

Nuestra urgencia ya no es, por tanto, determinar las diferencias que existen entre la filosofía y la religión o entre la filosofía y el arte, estas distintas ramas del pensamiento humano comparten numerosos puntos de contacto, pero un análisis más detallado revela que entre ellas también median diferencias fundamentales. Nuestro problema inmediato se reduce, entonces, a intentar determinar las diferencias que existen entre la filosofía y la ciencia.¹

Cuando se reflexiona sobre aquello que la tradición, la historia o la convención de ciertos hombres han dado en llamar filosofía y ciencia, todo parece apuntar a que las diferencias que pueden existir entre estos dos modos de explicar los enigmas del mundo no son diferencias entre distintos objetos de estudio o entre diferentes disposiciones o cualidades espirituales.

No existe fenómeno sobre el que tanto la ciencia o la filosofía no hayan argumentado, aparentemente con igualdad de derecho: la filosofía y la física se han referido al movimiento, al tiempo y a la energía; tanto la filosofía como la biología reclaman su derecho para hablar sobre la vida y la evolución; la filosofía y la psicología han batallado por mucho tiempo para ver quien se queda con el dominio de los fenómenos de la conciencia y de la conducta de los hombres; la

1 No hago, entonces, sino retomar uno de los rasgos fundamentales del pensamiento filosófico contemporáneo: la necesidad de determinar con exactitud cuáles son las relaciones que existen entre la filosofía y la ciencia, entre las formulaciones del científico y los conceptos del filósofo. Esta necesidad está ausente tanto de la filosofía antigua como de la medieval, donde lo que ahora denominamos y distinguimos como ciencia y filosofía convivían de forma confusa bajo un mismo nombre.

Hablando con rigurosidad, este problema sólo pertenece a la historia de la filosofía después del siglo XVIII, pues sólo puede surgir cuando la filosofía y la ciencia se han distinguido de tal forma que la naturaleza de su relación no se muestra de forma evidente, y todavía en la primera parte de la modernidad se vive bajo la vieja convicción de que la ciencia forma parte de la filosofía o, por lo menos, se asume tácitamente que las relaciones que las unen son armoniosas.

filosofía, la sociología y la antropología se han esforzado por definir y delimitar los hechos sociales y culturales. Fenómenos tan íntimos como la amistad, el amor, la belleza y la risa han sido explicados desde perspectivas filosóficas, biológicas y psicológicas.

Por otra parte, tampoco pareciera haber una diferencia fundamental entre las vivencias del científico y las del filósofo, no pareciera existir vivencias con una marca, por decirlo así, que nos indicara que se está ante una experiencia filosófica o una científica. Por el contrario, el filósofo y el científico parecen compartir las mismas necesidades intelectuales: ambos se enfrentan a lo real y a sus múltiples misterios, ambos comparten un deseo por comprender y por expandir el conocimiento, ambos quieren arrojar un poco de luz sobre los múltiples fenómenos que aparecen en el mundo. Cuando se analizan con cierto detalle, las experiencias del filósofo no aparentan ser diferentes a las del científico, los acontecimientos que estudian parecieran ser los mismos, sólo parecen variar las distintas relaciones en las que los sumergen.

Creo que un ejemplo puede ayudar a esclarecer este punto, pensemos en el problema del tiempo. Todos estamos constantemente conscientes del tiempo, de la sucesión, y esta conciencia es una parte fundamental de nuestra vida psíquica. Cada uno de nosotros sabe que entre el alba y el ocaso median, más o menos, doce horas; que a todo instante le precede una serie infinita de instantes y le seguirá otra serie infinita más, que todo momento forma parte de una cadena que llega hasta los límites del mundo y del universo; también sabemos que nuestra vida ha comenzado en alguno de esos momentos y que hay uno en que terminará. Conocemos todo esto, pero olvidamos que todos esos hechos que constituyen el tiempo pueden ser visto desde distintas perspectivas: si lo tomamos como una determinación del movimiento de un objeto y calculamos sus relaciones con la distancia y con la fuerza, estará siendo estudiado desde la perspectiva de la física o de la mecánica; pero si esa misma sucesión es tomada como un mero pasar de ideas y percepciones, como un flujo constante de vivencias, por un simple cambio de nuestra atención, ese mismo fenómeno habrá entrado en el terreno de la psicología; o si lo vemos como mero devenir y lo contraponemos y relacionamos con aquello que es eterno y no cambia, entonces, lo habremos instalado en el terreno en que la mayoría de las escuelas filosóficas lo han colocado. Ninguna de estas perspectivas pareciera agotar ese fenómeno de la sucesión, el tiempo que postulan los físicos no se aproxima más a 'la realidad' que el de los filósofos o el de los psicólogos, pero tampoco es correcto decir que el de los psicólogos o el de

los filósofos es 'más real' que los otros dos, por el contrario, todas parecen tocar distintos aspectos de esa parte fundamental de nuestras vidas.

Sin embargo, si todas estas reflexiones tienden a establecer una base común que une a la filosofía con las distintas ciencias, también es obvio que las explicaciones científicas y las filosóficas se presentan de una forma en que no pueden llegar a confundirse. Se tiene la certeza de que la filosofía y la ciencia no son lo mismo, pero ¿cuál es esa diferencia?, ¿cuál es ese elemento que hace que la explicaciones científicas se diferencien de las filosóficas?

Para intentar dar una respuesta, imaginemos, por un momento, un cuadro, recordemos, por ejemplo, los girasoles o los autorretratos de Van Gogh. El cuadro es, tanto física como artísticamente, una unidad, sin embargo, en su seno podemos distinguir distintos trazos, distintas secciones, distintos ángulos. Según modifiquemos nuestra atención podemos ver el cuadro como un todo o podemos ver alguno de sus detalles; podemos fijarnos en el centro del girasol o en alguno de sus pétalos, en los ojos de Van Gogh o en los trazos que delinean sus cabellos, pero también en la forma como esos distintos trazos, esas líneas trabajan en un común acuerdo y se comportan como una unidad. Ambas perspectivas son igualmente válidas e igualmente necesarias, de forma tal que si tenemos la una sin la otra puede decirse que nuestra percepción del cuadro es parcial: no tenemos ningún cuadro sin esos distintos y múltiples trazos, pero cada uno de esos trazos sólo adquiere su 'sentido' por su relación con el todo; no puede existir el girasol o el rostro, sin los pétalos, el tallo, los ojos o la quijada, pero sólo podemos saber que un trazo forma parte de un pétalo o de un rostro por la forma como se relaciona y se comporta con el resto del cuadro.

Esto que hemos mencionado respecto de la percepción de un cuadro, también puede ser predicado respecto a nuestra percepción de la realidad. Por un lado, la vemos como unidad, pero por otro, la vemos como una serie de fenómenos independientes. Percibimos distintas tendencias en el mundo, desde la lenta y pesada conducta de los astros y los planetas, hasta las contingencias y arbitrariedades de los comportamientos humanos, pero también percibimos algún tipo de armonía entre esas distintas tendencias, cada una parece respetar el dominio de la otra, sus ritmos distintos no parecen interferir entre sí. La filosofía es aquella rama del saber que se esfuerza por plantear los problemas desde la perspectiva de la 'unidad de lo real,' mientras que las ciencias intentan arrojar claridad sobre cada uno de las tendencias que la conforman. La filosofía tiene como problema

la ‘totalidad de lo real,’ mientras que las distintas ciencias se ocupan de los diferentes conjuntos de fenómenos que conforman esa totalidad.

Uno de los peligros a los que puede llevar el uso poco cuidadoso del lenguaje es al error de pensar que existe un objeto determinado por cada una de las palabras que usamos, y uno de los errores que podemos llegar a cometer, una vez que llegamos a este nivel, es el de concebir esa ‘totalidad’ que constituye el centro de interés del pensamiento filosófico como un objeto determinado y distinto de las distintas tendencias, fenómenos y hechos de los que se ocupan las distintas ciencias. Hablar en términos de la ‘unidad de lo real’ no quiere decir que hacemos de la filosofía una indagación sobre las cualidades de una entidad determinada, como tantas veces parece haberse postulado; ya lo hemos mencionado en otras ocasiones, nuestra vida es plural, múltiple, abundante en detalles y hechos particulares, participamos de distintas inclinaciones, recorreremos diversos caminos y esa ‘unidad’ que aspiramos conocer nunca se muestra de forma inmediata, sino solo a través de esos fragmentos desordenados. Entonces, decir que la filosofía es el saber que pretende permanecer fiel a la ‘totalidad de los hechos y las cosas,’ que tiene por problema fundamental la ‘íntima unidad de nuestras muchas experiencias,’ sólo quiere decir que es la disciplina que intenta armonizar esos distintos fragmentos de la realidad con los que tenemos que lidiar a cada instante y de los que las ciencias parece revelar sus leyes de conducta.

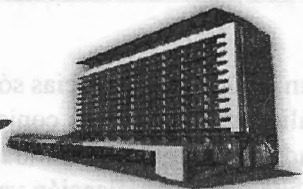
Ciertamente no se trata, como tampoco ocurrió con el caso de la religión y el arte, de una división radical y tajante entre los esfuerzos de la ciencia y aquellos de la filosofía, pues también existen pretensiones unificadoras, totalizadoras en las ciencias, como lo demuestran los sistemas del mundo que toda ciencia en algún momento describe, y una preocupación por el detalle en muchas filosofías, como se pone de manifiesto cuando recordamos los abundantes hechos que ilustran las obras de muchos filósofos. Se trata, en todo caso, de una diferencia de matices, en cada una de ellas pareciera que uno de estos impulsos predomina sobre el otro: las generalizaciones muy vastas de la ciencia no tienen ningún sentido si no llevan al conocimiento de nuevos detalles, si no apuntan hacia nuevos conjuntos de fenómenos; las especializaciones en filosofía pierden su relevancia en la medida que se alejan de una visión total y unificada de la realidad.

Entiendo que todo esto que he mencionado puede llegar a ser discutido, que pueden sostenerse argumentos en contra. Estamos acostumbrados a pensar que una distancia casi infinita separa el laboratorio del científico de los conceptos del filósofo, por lo que nos parece difícil aceptar que comparten un terreno

común y que sus diferencias sólo son de perspectivas, pero me parece un esfuerzo válido defender estas conjeturas porque tienen la ventaja de mantener una actitud abierta ante la pluralidad de los hechos y, sobre todo, de no establecer una jerarquía o una clasificación valorativa entre la ciencia y la filosofía, de no hacer de una de ellas la sierva de la otra, sino que mas bien apunta a una cooperación equitativa entre ambas aspiraciones del intelecto. Kant, en una frase célebre, nos recuerda que las intuiciones sin conceptos son ciegas y los conceptos sin intuiciones vacíos. Creo que podríamos decir que una filosofía que no tome en cuenta los resultados de la ciencia puede resultar en un esfuerzo ciego, pero que una ciencia que no se interese por la filosofía seguramente llegará a ser una técnica inhumana.



UCAB



La **Facultad de Teología** de la UCAB, Universidad Católica «Andrés Bello» de Caracas, ofrece las siguientes opciones de carreras con los correspondientes certificados y títulos.

TÍTULOS CIVILES EXPEDIDOS POR LA UCAB

-UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO, DE CARACAS-

- **Licenciatura en Teología**, tras los seis años de estudios filosóficos y teológicos, como estudios de pregrado para obtener la Licencia.

- **Maestría en Teología**, tras los dos años de estudios especializados, en el área de postgrado en Teología con una de sus cuatro menciones:

- **Maestría en Teología Pastoral**
- **Maestría en Teología Espiritual**
- **Maestría en Teología Bíblica Pastoral**
- **Maestría en Teología Fundamental**

Para el acceso a los estudios de las Maestrías, se exigen estudios de pregrado en Teología con el título correspondiente; o haber cursado la nivelación teológica ofrecida en el **Programa de Estudios Avanzados en Teología** o su equivalente en el área de postgrados.

Estos estudios están abiertos especialmente al laicado católico con títulos universitarios y se tienen en la sede del mismo ITER de Caracas. Puede verse mayor información a propósito del CIET aquí mismo en esta revista.

Para mayor información dirigirse a ITER- Instituto de Teología para Religiosos, 3ª Avenida con 6ª Transversal (E. Benaim Pinto) Altamira. Apartado de Correos 6886 Caracas 1061-A. o llamar a los teléfonos (0212) 261.85.84. Fax (0212) 265.05.05. E-mail: contacto@iter-ups.org.